

# Nuevas lecturas de *La Florida del Inca*

Carmen de Mora  
Antonio Garrido Aranda (eds.)



Nuevas lecturas de *La Florida del Inca*

Carmen de Mora  
y Antonio Garrido Aranda (eds.)

pareces y australes



N.º 1



# PARECOS Y AUSTRALES

## ENSAYOS DE CULTURA DE LA COLONIA

«Parecos de nosotros los españoles son los de la Nueva España, que viven en Síbola y por aquellas partes», dice Francisco López de Gómara, porque «no moramos en contraria como antípodas», sino en el mismo hemisferio. «Austral» es el término que adoptaron los habitantes del virreinato del Perú para ubicarse. Bajo esas dos nomenclaturas con las que las gentes de Indias son llamadas en la época, la colección de «Ensayos de cultura de la colonia» acogerá aquellas ediciones cuidadas de textos coloniales que deben recuperarse, así como estudios que, desde una intención interdisciplinar, desde perspectivas abiertas, desde un diálogo intergenérico e intercultural traten de la América descubierta y de su proyección en los virreinos.

CONSEJO EDITORIAL DE LA COLECCIÓN

Margo Glantz

*Universidad Nacional Autónoma de México*

Esperanza López Parada

*Universidad Complutense de Madrid*

José Antonio Mazzotti

*Tufts University*

Luis Millones

*Colby College*

Carmen de Mora  
*Universidad de Sevilla*

María José Rodilla  
*Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa*

Rolena Adorno  
*Yale University*

Roberto González-Echevarría  
*Yale University*

Nuevas lecturas de *La Florida del Inca*

Carmen de Mora  
y Antonio Garrido Aranda (eds.)

Iberoamericana • Vervuert • 2008

**Bibliographic information published by Die Deutsche Nationalbibliothek** Die Deutsche Nationalbibliothek lists this publication in the Deutsche Nationalbibliografie; detailed bibliographic data are available on the Internet at <<http://dnb.ddb.de>>.

Reservados todos los derechos

© Iberoamericana, 2008  
Amor de Dios, 1 — E-28014 Madrid  
Tel.: +34 91 429 35 22  
Fax: +34 91 429 53 97  
[info@iberoamericanalibros.com](mailto:info@iberoamericanalibros.com)  
[www.ibero-americana.net](http://www.ibero-americana.net)

© Vervuert, 2008  
Elisabethenstr. 3-9 — D-60594 Frankfurt am Main  
Tel.: +49 69 597 46 17  
Fax: +49 69 597 87 43  
[info@iberoamericanalibros.com](mailto:info@iberoamericanalibros.com)  
[www.ibero-americana.net](http://www.ibero-americana.net)

ISBN 978-84-8489-357-8 (Iberoamericana)  
ISBN 978-3-86527-379-6 (Vervuert)

Depósito Legal:

Ilustración de cubierta: *La Florida*, mapa de Guillaume Le Testu (1556).  
Diseño de cubierta: W Pérez Cino

# ÍNDICE

CARMEN DE MORA

Introducción

DANTE LIANO

El Inca Garcilaso, escritor de frontera

## **La cuestión identitaria en la obra del Inca**

MERCEDES LÓPEZ-BARALT

*Tinku*, concordia y *ayni*: tradición oral andina y neoplatonismo en dos obras del Inca Garcilaso

JOSÉ ANTONIO MAZZOTTI

*La Florida del Inca*, el rey Alarico y el proceso de construcción identitaria en el Inca Garcilaso

RAQUEL CHANG-RODRÍGUEZ

*La Florida del Inca*: vínculos novohispanos y proyección americana

## **Configuración discursiva, actores y avatares épicos**

RAÚL MARRERO-FENTE

Literatura, memoria y duelo en *La Florida del Inca*

ROSA PELLICER

*La Florida del Inca* y otras relaciones de la expedición de Hernando de Soto (Historia y ficción)

MERCEDES SERNA ARNAIZ

La imagen del indígena americano en *La Florida del Inca*

MIGUEL ZUGASTI

La hostilidad del otro: indios y conquistadores frente a frente en *La Florida del Inca*

DANIEL MESA CANCEDO

De la imitación a la fructificación: variaciones sobre el motivo de la reproducción en *La Florida del Inca*

CARMEN DE MORA

La dualidad en los episodios amplificativos de *La Florida del Inca*

## **Otras perspectivas**

BELÉN CASTRO MORALES

El Inca Garcilaso en los diarios de viaje de Alexander von Humboldt por el Tawantinsuyu

VIRGINIA GIL AMATE

Desconfianzas de aquí y de allá: leyes españolas y sentimientos americanos en la obra del Inca Garcilaso

JOSÉ CARLOS GONZÁLEZ BOIXO

La búsqueda de la fuente de la juventud en la Florida: versiones cronísticas

## **Epílogo**

LUIS MILLONES

Escondiendo la muerte:

Atahualpa y Hernando de Soto en la pluma de Garcilaso

# INTRODUCCIÓN

Este volumen corresponde a las Actas del Encuentro Internacional celebrado en Montilla, los días 19 a 22 de septiembre de 2005, con motivo del cuarto centenario de la publicación de *La Florida del Inca*, sin duda una de las obras en prosa más interesantes y mejor escritas de toda la época virreinal. Aquella reunión sirvió para contrastar puntos de vistas y proponer pautas de lectura sobre un libro que resulta más complejo de lo que a veces se ha juzgado, y no sólo por su composición. Esa complejidad se percibe mejor cuando en lugar de considerarlo de forma aislada, como si se tratara de un ensayo para un trabajo historiográfico de más envergadura —los *Comentarios reales de los Incas*—, queda integrado en el pensamiento y en la concepción históricocultural del autor e interpenetrado por las cuestiones identitarias. La crítica garcilasista de los últimos años ha insistido en la necesidad de leerlo desde una perspectiva interdisciplinaria y global, que establezca conexiones entre sus distintos libros y, al mismo tiempo, tome en cuenta la actitud que el Inca Garcilaso adoptó al escribir sobre el Nuevo Mundo desde un contexto europeo. Y ésa fue la de tender puentes desde uno y otro lado, asumir su biculturalidad y proyectarla en sus escritos, a veces abiertamente, otras de forma más sutil y críptica para quien no esté familiarizado con la cultura andina. Los trabajos reunidos en este libro testimonian la fecundidad de la escritura de este clásico peruano cuya

obra, siempre inagotable, se presta a una pluralidad de enfoques y apreciaciones.

A modo de prelude, el escritor guatemalteco Dante Liano propone leer al Inca Garcilaso como un escritor de frontera que adopta una manera de pensar desde la diferencia. El territorio que le corresponde es el del exilio espiritual, marcado por «la intersección de culturas que no son ni la cultura hegemónica, ni la cultura “otra” o “subalterna”, sino un lugar en donde todas esas corrientes dialogan». Esta condición sitúa al Inca en cabeza de una tradición de escritores en lengua española —de la que Dante Liano forma parte— que han borrado límites entre la cultura de origen y la europea, y han enriquecido ambas con sus contribuciones.

El artículo de Mercedes López-Baralt explora la confluencia del pensamiento andino y el neoplatonismo europeo en los *Comentarios reales* y *La Florida del Inca*. Este punto de encuentro le permite enfocar desde otro ángulo la búsqueda de equilibrio entre opuestos irreductibles que caracteriza la obra del Inca. Mientras que la crítica la atribuye al ideal renacentista de la concordia, López-Baralt la emparenta con dos importantes nociones culturales andinas: *tinku* (encuentro) y *ayni* (reciprocidad), y examina las convergencias que presentan con la propuesta neoplatónica de la concordia.

José Antonio Mazzotti reflexiona sobre la forma en que *La Florida del Inca* se articula con el resto del corpus garcilasiano y examina la importancia de algunos pasajes de la obra como parte de un proceso de construcción identitaria de enormes proporciones en la escritura de la obra posterior del escritor cuzqueño. Se detiene especialmente en el eje identitario paterno y sus ramificaciones políticas. En este sentido, Hernando de Soto se presenta como una figura paradigmática que luego servirá también de modelo para los incas de los *Comentarios* y para los continuadores de esa estirpe de

servidores del «bien común», como serán algunos conquistadores-encomenderos. Sostiene Mazzotti en su ensayo que la identidad del mestizo cuzqueño no es unidireccional, de Europa hacia América, sino que también parte de una búsqueda del Nuevo Mundo hacia el Viejo.

Raquel Chang-Rodríguez se centra en los capítulos del libro sexto caracterizados por detallar la presencia en tierra mexicana (primero en la zona del río Pánuco y después en México-Tenochtitlan) de los sobrevivientes de la expedición ahora comandados por Luis Moscoso de Alvarado. Observa que en estos capítulos «mexicanos» el narrador entreteje sucesos ocurridos en diversas geografías con una tensión e intención particulares que obligan a integrar lo parcial en una amplia historia colectiva cuyos signos apuntan a una visión integral de América.

El análisis de Marrero-Fente está dedicado a los capítulos 20 a 29 de la primera parte del libro segundo de *La Florida del Inca*, que tratan sobre la historia del cacique Vitachuco y su rebelión contra los españoles. Las ideas expuestas por Garcilaso en este capítulo son —a juicio de Marrero-Fente— una amplificación muy elaborada sobre el concepto de veracidad como parte de la representación de los indígenas en el texto y sirve de comentario filológico a la búsqueda que lleva a cabo Garcilaso de formas novedosas de representación de los amerindios. El relato de Vitachuco funciona, además, como algo más importante para el Inca: es la proyección del malestar por la derrota incaica y la captura de Atahualpa que impide el acto heroico; proyecta el sentimiento de anticipación del Inca sobre la conquista del Perú y se radicaliza a partir de la experiencia de escribir *La Florida*.

Rosa Pellicer compara *La Florida del Inca* con las otras relaciones que tratan sobre la misma expedición de Hernando de Soto: las del Hidalgo de Elvas, Luis Hernández de Biedma y Rangel. A partir del análisis de

algunos episodios presentes en todos estos textos, destaca la elaboración literaria llevada a cabo por el Inca y la búsqueda de un difícil equilibrio entre lo verdadero y lo ficticio.

La representación del indígena constituye el centro de interés de Mercedes Serna, quien analiza también la implicación del Inca Garcilaso con la historia que cuenta y la actitud «indigenista» a tenor de las diferencias que establece en el texto entre los nobles y el pueblo. Argumenta que el interés del Inca por escribir *La Florida* no consiste únicamente en rescatar la historia de dicho territorio, sino en reconstruirla con una intención moralizante para convertir sus episodios más significativos en hechos dignos de ser recordados.

Miguel Zugasti aborda el tema de la confrontación entre españoles e indígenas en tierras floridas. Entre otras cuestiones examina la composición del ejército español, la incorporación de indios intérpretes y criados, los primeros contactos y las diferentes reacciones que provocaron en los indígenas. Se ocupa también de las estrategias de uno y otro bando en los combates, y de las armas y animales utilizados, especialmente los caballos. Por último, se detiene en los argumentos que maneja el Inca Garcilaso para explicar el fracaso de las expediciones a la Florida.

Daniel Mesa se ocupa del motivo de la reproducción que recorre la mayor parte de los niveles del texto: la copia o transcripción de textos, relaciones orales, repetición de acciones, etc. Analiza la reproducción en tres regímenes: *imitatio*, en el nivel poético-compositivo; la *aemulatio*, en el nivel pragmático-ético; y la *simulatio* en el nivel epistemológico y moral. Una cuarta variación del concepto de reproducción se da en un plano alegórico, a través de la importancia conferida por el autor al linaje y a la metáfora de la *fructificación*. A través de estos elementos se propone aportar nuevos indicios sobre la modernidad del proyecto narrativo de Garcilaso.

*La Florida del Inca* es uno de los textos cronísticos que mejor ilustran la confluencia de elementos históricos, retóricos y literarios. En mi trabajo trato de profundizar en la construcción de los episodios amplificativos que desarrollan y embellecen el discurso histórico. A través de algunos ejemplos representativos se pone de manifiesto que la dualidad es un elemento estructurante de primer orden en la escritura del libro tanto en los episodios amplificativos como en la estrategia de la disyunción exclusiva, propia del discurso épico. Me ocupo también, en este sentido, de las particularidades que presenta el discurso del escritor, frente a otras crónicas, en lo concerniente al mundo indígena.

Belén Castro se aproxima a la obra de Garcilaso desde la perspectiva de uno de sus lectores más privilegiados: Alexander von Humboldt. A través de los diarios del naturalista prusiano, la autora desarrolla el recorrido que llevó a cabo en 1802 por el antiguo Imperio de los Incas. La lectura crítica de los *Comentarios reales* le permitió conocer la cultura incaica, su historia, sus ritos, así como interpretar los conflictos andinos en las postrimerías del régimen virreinal.

Virginia Gil Amate enfoca en su trabajo las desconfianzas peninsulares hacia la protosociedad del Nuevo Mundo y las recíprocas americanas. Si el rechazo a los cambios introducidos por las Leyes Nuevas fue generalizado en los sectores privilegiados de la sociedad peruana, ese mismo rechazo se detecta también en la *Historia general del Perú*. Tomando como eje esta obra, la autora se centra en el relato del Inca sobre las consecuencias de la aplicación de las Leyes Nuevas en el Perú para mostrar a un autor conservador en este punto, reacio a los cambios que desvirtuaban la tradición emanada de la conquista. Refiere también la oposición del Inca a Bartolomé de Las Casas, cuyas denuncias sobre los abusos

de los encomenderos lo convirtieron en un propulsor de las Leyes Nuevas.

José Carlos González Boixo se ocupa de la influencia que tuvo el mito de la fuente de la juventud entre los exploradores de la Florida y del testimonio literario que de él nos dejaron los cronistas. Al considerar su presencia y simbolismo tanto en el texto del Inca como en otros cronistas, contrasta las distintas actitudes, que oscilan entre la credulidad de algunos y el racionalismo con que otros observaron las informaciones provenientes de los indígenas. Examina también los precedentes en el mundo clásico, los orígenes medievales y la vertiente religiosa del mito.

Por último, cierra el volumen, a modo de epílogo, el artículo de Luis Millones. A partir de dos figuras centrales de las crónicas americanas, Soto y Atahualpa, establece comparaciones, contrastes y coincidencias entre los dos universos: español e indígena. Soto y Atahualpa cruzaron sus vidas por algún tiempo durante el cautiverio del Inca, coincidieron, además, en lo penoso de sus muertes —ambos tuvieron dos entierros— y el destino de sus cuerpos, ambos perdidos, uno en los Andes y otro en el Mississippi. Examina y contrasta los testimonios dejados por el Inca Garcilaso sobre Soto en *La Florida del Inca* y sobre Atahualpa en la segunda parte de los *Comentarios reales de los Incas*, asimismo maneja otras crónicas y estudios críticos que cubren las omisiones y equivocaciones históricas del escritor mestizo.

A pesar de la coincidencia en la fecha de publicación con la primera parte del *Quijote*, se han dedicado varios homenajes a *La Florida del Inca*. El primero fue un simposio de carácter interdisciplinario que tuvo lugar en 2003, en el City College y el Graduate Center de la City University of New York (CUNY). Las actas de aquel

encuentro se han publicado en un importante volumen colectivo editado por Raquel Chang-Rodríguez con el título de *Franqueando fronteras. Garcilaso de la Vega y La Florida del Inca* (2006), que ha aparecido simultáneamente en castellano en Perú, y en inglés en Estados Unidos. Se han celebrado también, entre otros, un coloquio internacional en el Instituto Raúl Porras Barrenechea y la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de San Marcos, otro en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara (México, 2005) y un tercero en el I Congreso de Narrativa Peruana (1980-2005) que tuvo lugar en Madrid en 2005a.

Sólo me resta, en nombre de Antonio Garrido Aranda y en el mío propio, expresar nuestra gratitud a todos los colaboradores de este libro y a las instituciones y centros que hicieron posible el encuentro: el Ayuntamiento de Montilla, la Universidad de Córdoba, la Universidad de Sevilla, la Diputación de Córdoba, el Ayuntamiento de Posadas y la Fundación Biblioteca Manuel Ruiz Luque. Agradecemos también la contribución del Decanato de la Facultad de Filología de la Universidad de Sevilla y de la Consejería de Innovación, Ciencia y Empresa de la Junta de Andalucía en la publicación de las actas.

Carmen de Mora

# EL INCA GARCILASO, ESCRITOR DE FRONTERA

Dante Liano  
*Università Cattolica del Sacro Cuore di  
Milano*

El sudafricano J. M. Coetzee imaginó la biografía de Elizabeth Costello, una escritora australiana de edad madura que recorre el mundo impartiendo conferencias, muchas de ellas irritantes, luego de haber ganado fama en el mundo anglosajón. El origen de la novela es curioso. Coetzee, antes de convertirse en una celebridad con el Premio Nobel en 2003, era un profesor universitario. Como todos, había escrito artículos académicos para diferentes revistas de su especialidad. Algunos de esos artículos constituyen las conferencias que dicta su personaje, y dan título a los diferentes capítulos de la novela. En torno a las conferencias se desarrolla una trama que pareciera ser una simple armazón en la que descansa la reelaboración de su trabajo universitario. El capítulo segundo está dedicado a la conferencia sobre «La novela en África»<sup>1</sup>. El contexto de la ficción es más bien irónico y nos dice mucho de la situación de los escritores en nuestra época. Una sociedad naval sueca organiza cruceros culturales para jubilados, en los que, entre otras amenidades, escritores de fama se

turnan para dar conferencias a los viajeros. La protagonista acepta ser uno de esos conferenciantes y coincide con un colega que es secuaz de la «africanidad», una especie de búsqueda de la especificidad de la novela africana frente a la novela europea. Entre ambos se enciende una discusión, y a un cierto punto, Costello reflexiona:

La novela inglesa —dice Elizabeth— la escribe básicamente gente inglesa para otra gente inglesa. Por eso es la novela inglesa. La novela rusa la escriben rusos para otros rusos. Pero la novela africana no la escriben unos africanos para otros africanos. Puede que los novelistas africanos escriban sobre África y sobre experiencias africanas, pero a mí me parece que todo el tiempo que escriben están mirando por encima del hombro hacia los extranjeros que los van a leer. Les guste o no, han aceptado el rol de intérpretes e interpretan África para sus lectores. Pero, ¿cómo se puede explorar un mundo con plena profundidad si al mismo tiempo se lo tienes que explicar a unos forasteros? (*Ibíd*: 58)

Si sustituimos «África» por «América Latina» y «escritores africanos» por «latinoamericanos», la reflexión de Costello-Coetzee podría aplicarse, con algunas diferencias, a la literatura escrita en Hispanoamérica. En efecto, ya desde el principio de nuestras letras, una de sus preocupaciones ha sido la de explicar América a los europeos. Desde Colón, las cartas de relación de exploradores y conquistadores dan cuenta de una nueva realidad geográfica y cultural a un público que, si bien al inicio fue de funcionarios administrativos, pronto se convirtió en todo el mundo europeo, asombrado delante de las maravillas que, según los fantasiosos relatores y cronistas, poblaban el Nuevo Mundo. Lo que no deja de llamar la atención es que tal inquietud (explicar América) no se haya detenido en los primeros tiempos de la relación con Europa, sino que se haya convertido en una constante de la literatura latinoamericana. La numerosa información contenida en las crónicas de Oviedo, Gómara o Díaz del Castillo no parece ser suficiente a don Andrés Bello, quien, al cantar la selva americana, detalla una lista de

peculiaridades de animales, plantas y lugares que descubren de nuevo al continente. Resulta evidente que no se están dirigiendo a sus paisanos, que bien conocen el lugar, sino a quien podría conocerlo, y tal exaltación no se detiene en el neoclasicismo, sino que continúa hasta los insospechables tiempos de la llamada «nueva novela», que en pleno siglo xx ya no hace listas de flora y fauna, sino inventa un modo de pensar que se supone específico de los americanos, el «realismo mágico», para algunos, lo «real maravilloso» para otros. De todos modos, prevalece la sospecha de que el escritor no tiene como destinatario a sus compatriotas, esto es, a su público más inmediato, y ni siquiera a otros lectores de la América Hispana, sino más bien a un público europeo, para el cual América sigue siendo la sede de mitos e imaginaciones nacidas en el viejo continente. No es impertinente, aunque parezca anticuado, invocar las tesis de O’Gorman sobre la necesidad europea de inventar una cierta idea de América (O’Gorman 1958).

Nada de malo en ello, si no fuera por el inquietante colofón que Coetzee añade a su señalamiento: el esfuerzo por explicar un mundo a los foráneos puede constituir un serio obstáculo para una profunda reflexión sobre él. El razonamiento del novelista sudafricano comienza con una observación bastante justa: un escritor inglés escribe, en primera instancia, para los ingleses; y así, los rusos, los franceses, los italianos y los alemanes. Al hacerlo, no siente la necesidad de explicar su mundo a quienes lo conocen bien. Esto le abre un espacio muy importante: si no tiene que demorarse en explicarlo, puede entonces entrar en él, y mostrar sus más íntimas contradicciones, o aquellas que, por costumbre y repetición, los mismos miembros de su cultura no logran ver. Un caso extraordinario es el de Miguel Ángel Asturias en Guatemala. Con incisiva observación, referida al romántico José Milla, Thomas Irving hace notar que, si bien es el mayor novelista histórico del siglo xix en Centro América, en una obra de

Milla no aparece un solo indígena, a pesar de escribir dentro de un país en donde tres cuartas partes de la población son indígenas (Irving 1960). Esa mayoría de pobladores no sólo es silenciosa, sino invisible para la mayor parte de la literatura guatemalteca de la Colonia y del período independiente. En el mejor de los casos, aparecen como comparsas, en un telón de fondo que comprende volcanes, lagos y cielo azul. En 1949, al publicar *Hombres de maíz*, Asturias logra ver, desde el punto de vista literario, al indígena guatemalteco, en cuanto protagonista de su historia. Los personajes de su novela no son un pretexto para denunciar una determinada situación social, ni para ilustrar una visión de color local, ni para hacer bajo mentidas vestimentas, una descripción folklórica. El indígena, en Asturias, es algo más y algo menos. Más, porque es personaje principal; menos porque no se le señala como tal indígena, sino como personaje que lleva consigo una cierta manera de ver el mundo, en muchos casos coincidente con la del mismo autor. La cuestión étnica emerge en Asturias de manera muy marcada, y, se podría decir, con énfasis. Era algo que le preocupaba desde que redactó su infausta tesis de graduación (cuyos pormenores racistas le han provocado el enésimo anatema por parte de un cierto integralismo maya) y que fue afinando hasta culminar en su obra maestra. Asturias no era un mestizo y tampoco un indígena, no obstante el famoso perfil maya que se le atribuye. Pertenecía a una parte de la oligarquía, si bien venida a menos: ya no hidalgos terratenientes que vivían de sus rentas, sino profesionistas liberales. Su padre mismo descendió en la escala social (según los rancieros cánones guatemaltecos) al casarse con la «plebeya» María Rosales. En *Hombres de maíz*, la intención de Asturias no parece tanto la de hacer descubrir al «indio» a un destinatario extranjero, cuanto en realizar una profunda exploración de la propia cultura, con los escasos elementos con que

contaba, para hacer emerger de ella a un protagonista en términos de conciencia, más que en términos sociales. Decir que se trata de una novela solipsista es indudable exageración; habría que comprender la necesidad generacional de explorar territorios negados por férreas prohibiciones consuetudinarias, para encontrar, en esos territorios, aquella parte de sí mismos que las élites de Guatemala se empeñaban en negar. La reacción de esas élites delante de la obra asturiana, aun ahora, se asemeja, y no parece casualidad, a la reacción delante del testimonio de Rigoberta Menchú.

Hace más de veinte años, Antonio Cornejo Polar había planteado la misma cuestión que Coetzee, en términos más específicos y, quizá, más rigurosos. En un volumen intitulado *La novela indigenista* (Cornejo Polar 1980), Cornejo señala cómo, en el circuito comunicativo del indigenismo (escritor-referentelector), mientras que escritor y lector pertenecen a una misma concepción de la literatura, que tiene como su centro a la novelización del mundo, en cambio, el referente, el indígena, se queda excluido del proceso:

En lo que se refiere al circuito de comunicación de la novela indigenista, incluyendo en él al «lector ideal» y a los lectores reales, no hay duda de que se trata de un circuito que margina al indio y se remite esencialmente al lector urbano, especialmente al de las capas medias —es decir, en cierto sentido al menos, al mismo grupo del que surge el productor de la novela indigenista. (...) El referente —claro está— sí corresponde al universo indio. Este es precisamente el elemento que, al escapar al orden occidentalizado que preside a los otros, crea la heterogeneidad de la novela indigenista (*Ibíd.*: 65-66 ).

De esa cuenta, Cornejo resuelve la paradoja de Coetzee, porque aquello que en el novelista sudafricano suena a reproche y acusación, en el crítico peruano se convierte en virtud, en rasgo específico y caracterizador: la heterogeneidad de la literatura latinoamericana. Las literaturas heterogéneas, dice Cornejo, son aquellas en las

que «uno o más de sus elementos constitutivos corresponden a un sistema socio-cultural que no es el que preside la composición de los otros elementos puestos en acción en un proceso concreto de producción literaria» (*Ibíd.*: 60). Tal descripción no despeja completamente la duda sobre la distracción de recursos conceptuales en esa dislocación del esquema comunicativo. Lo que realmente resuelve el problema es «el impacto del referente». Cornejo da un paso hacia atrás y refiere las duras críticas de los representantes del llamado *boom* literario hacia las novelas que los precedieron. Tales críticas, en esencia, achacaban a la novela indigenista una desviación de la norma respecto del canon occidental. Ese desvío, que para críticos como Emir Rodríguez Monegal era un grave defecto, al punto que descalificaba la calidad estética de la producción indigenista, para Cornejo, en cambio, es un punto a favor, en cuanto le otorga, a esa producción literaria, su calidad específica, la heterogeneidad, producida por la filtración del referente en la materia misma de lo novelado, en una especie de ósmosis dentro de la sustancia del relato gracias a las cualidades de lo narrado.

En este sentido es necesario advertir que si bien, en un primer movimiento la producción de la novela indigenista exige una cierta adecuación del referente a las condiciones que se le imponen desde fuera, de la misma manera, en un segundo movimiento, en general poco estudiado, todo el proceso de producción se modifica por presión del referente, modificación que se traduce en las peculiaridades formales que aparecen en la novela indigenista. Simplificando el problema podría decirse que el menor desarrollo histórico del mundo indígena con sus especificidades sociales y culturales, hace resistencia a un sistema literario que proviene de otra realidad y está condicionado por otras categorías históricas, sociales y culturales (*Ibíd.*: 70).

De ello, Cornejo deriva que la sustancia narrativa (lo indígena) condiciona la forma narrativa, imponiendo un modo de composición más aditivo que secuencial, una conciencia no histórica sino mítica del tiempo y el uso de

componentes míticos que aún subsisten en las comunidades indígenas contemporáneas.

Respecto del Inca Garcilaso, Cornejo opina que, al igual que otros cronistas, su necesidad de escribir un relato occidentalizado «encubre» al referente: no obstante su amor por los propios orígenes, lengua y cultura, el afán del Inca, dice Cornejo, es crear un mundo armónico, según los cánones de la cultura en la que se ha instalado. Por ello se ve obligado a comparar al Cuzco con Roma y al Inca con el rey o con el emperador, encorsetando de esa manera la realidad indígena con las categorías occidentales desde las que trataba de relatar sus historias (*Ibíd.*: 35 ). Sin embargo, resulta curioso que el crítico no haya aplicado al cronista toda la estructura categorial que le sirve para explicar y defender, de manera por demás convincente, a la novela indigenista. ¿No sería posible utilizar el mismo esquema de la comunicación para las crónicas escritas por el Inca Garcilaso de la Vega? Estamos delante del mismo caso, pues emisor y destinatario se identifican: el Inca es, en España, un hombre cuya cultura se puede definir como apegada al humanismo renacentista vigente. Sus lectores no pueden ser más que personas de su misma condición. Es el referente lo que cambia, pues se encuentra a miles de kilómetros de distancia, en el ámbito geográfico, pero no muy distante en lo que se refiere a la formación íntima del Inca. No me parece descabellado proponer que la sustancia de la narración —los avatares americanos, con sus arranques épicos y maravillosos— se haya filtrado en la composición toda de las obras garcilasianas, y que encontremos ya en el Inca Garcilaso de la Vega la semilla de lo que será después la gran novela hispanoamericana. Cometeríamos el mismo error de los críticos del *boom*, que quisieron hacer partir nuestra literatura *ex novo*, sólo que atrasando un poco la fecha hacia el momento de la aparición de la novela indigenista. Justamente, Bellini nos recuerda que Miguel Ángel Asturias «veía en la obra de

Garcilaso el comienzo mágico de la moderna narrativa americana» (Bellini 1996: 9).

A este punto se plantea una de las objeciones más repetidas cuando se habla de los cronistas americanos. La observación de Asturias/Bellini estaría viciada por un error de fondo: el Inca Garcilaso no es un novelista sino un historiador, y por tanto, son otras las categorías a las cuales debemos acudir para comentar su obra. La respuesta a tal objeción se encuentra en los abundantes estudios sobre las relaciones entre historia y ficción en la obra del Inca, principalmente los de Miró Quesada (1952) y de Pupo-Walker (1982 y 1978). No puede olvidarse la oscilación crítica desde el inicio: del desdén histórico de Carmelo Sáenz de Santa María, quien afirma, sin ambages: «De todo este conjunto literario no se salva para la historia sino los frecuentes pasos autobiográficos que el escritor nos regala. Ni la cronología, ni la sucesión de los reyes, ni la organización religiosa o civil del Imperio están tratados en esta historia de manera fidedigna» (Sáenz de Santa María 1960), hasta la mesurada hipótesis de José Durand, quien sostiene la famosa frase de Ventura García Calderón sobre *La Florida* como una *Araucana* en prosa.

Garcilaso, antes que su informante se muriera, se va a las Posadas a estar junto a él, para que le dicte *La Florida*. Tiene pues que escribirla, urgentemente. Primero, porque no se pierda en el olvido esta gran jornada, *cosa que preocupaba mucho a los historiadores clásicos* y también, sin duda, por razones literarias [...] Ya hace algunos años he indicado que en esos tiempos se discutía mucho en España el problema de la poesía frente a la historia; había una escuela según la cual la epopeya debía estar apegada a la historia y ser del todo verdadera, como era el caso de *La Araucana* (Durand 1955: 75; las cursivas son mías).

Esto nos lleva, casi forzosamente, a repasar algunas cuestiones sobre la encrucijada entre historia y literatura, que hemos tratado en otros lugares, con fines ligeramente diferentes. En realidad, es un problema que atraviesa toda la historia de la literatura hispanoamericana y que se

plantea periódicamente, desde los más variados puntos de vista. Piénsese que Sánchez Alonso, en su *Historia de la historiografía española* (Sánchez Alonso 1947: 359), separa la crónica de Indias de la historiografía general española, en cuanto se trata de cosa aparte, en cierto sentido viciada por la fantasía al mismo tiempo que relata cosas verdaderas. De todos modos, no es, según el historiador, un género propiamente historiográfico. No se trata tanto de desmentir al ilustre historiógrafo, cuanto de adelantar un poco en el problema por él planteado.

En lo que se refiere a los cronistas de Indias, Manuel Alvar señala que el conquistador lleva consigo el imaginario medieval, y aporta un inventario bastante convincente de su aseveración. En efecto, dice, «para ellos no hay fronteras entre el ensueño y la realidad, este quehacer pertenece al hombre renacentista» (Alvar 1990: 14). Desde Carlos V, a quien Alvar califica como «la duración del tipo más noble del caballero medieval» (*Ibíd.*), pasando por Colón, cuyas invenciones americanas son harto conocidas, se pueden documentar, punto por punto, las innumerables ficciones edificadas por los europeos en el territorio americano, que acompañan a las más famosas: las islas de San Borondón, las Ínsulas Esquivas, la Gran Isla de las Siete Ciudades, y todo el bestiario medieval atestiguado por Oviedo. Este bagaje cultural se inscribe dentro de la historiografía indiana porque, para decirlo con Walter Mignolo, el sentido de un texto filosófico o historiográfico es el producto de un sujeto, pero también de una tradición, de una disciplina, de estructuras conceptuales (Mignolo 1984). Sin embargo, la disciplina historiográfica estaba ya muy desarrollada, en Europa, en el momento de escribirse las crónicas. El exceso de fantasía de los cronistas no puede llamar a engaño sobre su alto grado de conciencia del oficio que ejercían. En el artículo que estamos citando, Mignolo señala que Oviedo y el Inca Garcilaso se preguntaban cómo, sin escritura (la gran

discriminante renacentista entre las sociedades «primitivas» y las «letradas»), los indígenas recordaban su pasado. Y pese a que logran ubicar los métodos pictográficos y mnemotécnicos de las culturas orales, insisten en su concepción de que la única historia válida es la historia escrita. Por lo cual es urgente transcribir la oralidad para no perder la memoria. Tal la operación del Inca con Gonzalo Silvestre. Como lo ha señalado Miró Quesada, no le bastó con el testimonio del explorador, sino que, con una actitud refinadamente humanista, cotejó la fuente oral con dos escritas, a saber, las *Peregrinaciones* de Alonso de Carmona y la *Relación* de Juan de Coles (Miró Quesada 1955: 103).

Todo ello viene a cuento de lo afirmado por Margarita Zamora, cuando precisa que «La historia de los incas que escribe Garcilaso es conceptual y estructuralmente un comentario filológico» (Zamora 1987). Zamora parte de una premisa, según la cual la filología humanista es un método por el que resulta falsa toda interpretación que no se base en un conocimiento gramatical e histórico del texto. Según dicha autora, el Inca Garcilaso usa el método de Erasmo (1- hallar, entre todos los manuscritos, el más auténtico, hasta restituir la integral originalidad al texto; 2- traducción y exégesis de los fragmentos oscuros; 3- acudir a las fuentes autorizadas para dar mayor peso a la interpretación) y lo aplica a la historia de las Indias en cuanto considera insuficientes sea las tradiciones orales que las narraciones españolas. Su intento es la restauración de la verdad histórica a través de una restauración filológica de la lengua original, y como ejemplo da la famosa disquisición etimológica sobre el nombre del Perú (que tanto recuerda el origen del nombre de la península de Yucatán), o del nombre de la ciudad de Lima. La autora va más allá, y señala que la estrategia narrativa del Inca Garcilaso persigue la subversión de las interpretaciones negativas de la cultura incaica. Quizás una de las conclusiones más

interesantes de Zamora es que la obra de Garcilaso constituye un punto de partida para la literatura latinoamericana no tanto por el contenido imaginativo o novelesco, sino por el método: una hermenéutica de la tradición histórica, oral o escrita, como un acto de restauración de la verdad.

La anterior afirmación podría parecer una hipérbole si no hubiéramos leído las declaraciones de los cronistas antes de poner sus obras en manos de los lectores. En 1519, Hernán Cortés declara que las relaciones hechas hasta ese momento no son veraces, pues nadie las ha vivido. Por lo tanto, su *Primera carta de relación* tiene como finalidad poner en conocimiento de los reyes la cualidad de las tierras conquistadas y, además, dar fe de lo que es verdadero (Cortés 1946). Mientras que idéntico testimonio lo pretende Francisco de Jerez, con estilo cortesano e indudablemente patriótico (Jerez 1947). Ideas más claras tiene Francisco López de Gómara, quien señala que la historia debe ser generalizadora, contar los hechos importantes y descuidar las particularidades; se escribe la historia para difundir la fama, dice, porque «la historia dura más que la hacienda y cuanto más se añeja, más se precia». Además, Dios quiere que se escriba la historia «para memoria, aviso y ejemplo de los otros mortales» (López de Gómara 1946: 155). Una mayor insistencia sobre la verdad la encontramos en Pedro Cieza de León, quien a la idea de la fama, la reivindicación de las hazañas de sus compatriotas y la reiteración del *topos* de la historia como «maestra de vida», le interesa subrayar que su finalidad es decir la verdad, dicha con brevedad y con moderación, por encima del ornato y la retórica: «desnuda de retórica... acompañada de verdad» (Cieza de León 1947: 353). El mismo alegato, a veces vehemente, vamos a encontrar en Fernández de Oviedo, en fray Toribio de Benavente, Agustín de Zárate, Bernal Díaz del Castillo y fray Bartolomé de las Casas, para sólo citar algunos de los más conocidos.

No estamos, pues, delante de una exageración cuando encontramos la afirmación de búsqueda de la verdad a través de un trabajo de refinada filología.

Del mismo modo, el estilo de la escritura se encuentra normado por diferentes reflexiones, que López de Gómara señala en forma por demás pulcra: «El romance que lleva es llano y cual agora usan, la orden concertada e igual, los capítulos cortos por ahorrar palabras, las sentencias claras, aunque breves» y a los futuros traductores exige «grandes razones con pocas palabras» (López de Gómara 1946). En un ensayo ya clásico, Lore Terracini describe los criterios estilísticos predominantes en la España del Renacimiento. Parte de la propuesta de Nebrija: el imperio ha alcanzado su punto máximo, y con él, la lengua, por lo que conviene refinarla para hacerla lengua imperial, para llegar al *Diálogo de la lengua*, de Juan de Valdés, quien «representa en la preceptiva española el intento de armonizar el reconocimiento de una tendencia metaforizante y conceptista (agudeza, juego de palabras) connatural a una íntima, aunque muy tenue artificiosidad del español con un criterio renacentista de naturalidad» (Terracini 1964: 36). Quizá la palabra clave de esta exigencia estilística sea el «cuidado» que se ha de tener con la lengua, frente a un lugar común que quería a los hablantes españoles «descuidados» en el uso de la lengua vulgar. Frente a ello, el humanista debía desplegar una lúcida vigilancia intelectual para escribir con elegancia pero sin afectación, de modo que el resultado fuera el de una claridad natural. Con ello se manifiesta de acuerdo Garcilaso en la Carta-prólogo con que presenta la traducción del *Cortegiano*, de Boscán (1543), en un paso que ha sido muy repetido por la crítica: «guardó una cosa en la lengua castellana que muy pocos la han alcanzado, que fue huyr del afetación, sin dar consigo en ninguna sequedad; y con gran limpieza de estilo usó de términos muy cortesanos y muy admitidos de los buenos oydos, y no nuevos ni al parecer desusados de la

gente». Según Terracini, estos dictados garcilasianos caracterizan a toda su época, en términos de «buen gusto» y de «naturalidad y selección» (*Ibíd.*: 46).

Éste es, pues, el panorama que se le presenta al joven Inca Garcilaso de la Vega: una concepción de la historia y un paradigma de cómo escribir ya sea la historia o la literatura. Pero, como es obvio, el Inca no es un personaje al que se puedan aplicar los parámetros corrientes de un español de la época. No es necesario recordar a los mejores especialistas del autor sus particularidades biográficas. Todos conocemos sus orígenes cuzqueños, su viaje a España y sus frustrados intentos por obtener las mercedes correspondientes a los servicios prestados por su padre, el conquistador. Sabemos también sus esfuerzos por orientarse en la carrera de las armas, y que, a pesar de haber obtenido los despachos de capitán, tal cosa no le es suficiente. De allí su opción por la carrera de las letras, cuando tenía unos treinta años. Y debemos a Raúl Porras Barrenechea la descripción de su estancia en Montilla, con pormenores de gran utilidad para la reconstrucción de la biografía de nuestro autor (Porras Barrenechea 1955). En los manuales de crítica literaria, el adjetivo «mestizo» se aplica al gran escritor peruano; es más, algunos lo consideran como el primer escritor mestizo de Hispanoamérica. La palabra tiene orígenes clasificatorios, de las ciencias naturales, y se ha extendido después al terreno de lo cultural. Así, Covarrubias lo define como «el que es engendrado de diversas especies de animales» y lo hace derivar del verbo *misceo* (Covarrubias 1984), mientras Corominas fecha la palabra en 1600 (Corominas 1961). La acepción contemporánea alude sin reticencias a la mezcla de «hombre blanco e india, o de indio y mujer blanca» y en el campo de la cultura se generaliza más: «proveniente de la mezcla de culturas distintas» (*Diccionario de la lengua española* 2001). Pero sabemos muy bien que en el terreno de palabras de fuerte carga

semántica cultural, los diccionarios ayudan bien poco. Aunque es útil saber que entra al español sólo en 1600 y que ya en 1611 lo recogía Covarrubias, pues parece un índice de la rápida expansión de la palabra. Todo ello nos lleva a un conocido pasaje de los *Comentarios reales*, en donde el Inca reconoce y reivindica su posición:

A los hijos de español y de india, o de indio y española, nos llaman mestizos, por decir que somos mezclados de ambas naciones; fué impuesto por los primeros españoles que tuvieron hijos en Indias; y por ser nombre impuesto por nuestros padres y por su significación, me lo llamo yo a boca llena y me honro con él. Aunque en Indias si a uno de ellos le dicen sois un mestizo o es un mestizo, lo toman por menosprecio (Garcilaso de la Vega 1963: 373).

A la definición del diccionario, el Inca añade un matiz semántico de no poca importancia: la carga despectiva de la palabra en su época. Y añade un rasgo psicológico, igualmente importante. No obstante que sea un vocablo denigrante, él lo asume con orgullo y sin ambages. Pero el recorrido para llegar a esta reivindicación no parece haber sido sin tropiezos. Porras Barrenechea sigue este itinerario:

[El Inca Garcilaso] se hace nombrar generalmente, sobre todo en los años de la juventud, el «ilustre señor Capitán Garcilaso de la Vega, que en los tiempos en que vivió en las Indias, y tierra firme del Mar Océano, se hacía llamar Gómez Suárez de Figueroa». Había, pues, cierta jactancia española. Pero esta jactancia ha desaparecido con los años, con las decepciones, con la falta de favor real, y Garcilaso aparece ya, hacia 1590, hacia 1600, tildándose principalmente de Inca, firmándose Garcilaso Inca de la Vega, cuando antes se había firmado el Capitán Garcilaso de la Vega, el Ilustre Capitán Garcilaso de la Vega; y no sólo se proclama Inca, que al fin y al cabo era declararse de casta real, sino que también se proclama Indio. Dice en sus prólogos, en sus cartas, en los preliminares de sus obras, que él es indio, y que ha hecho esa obra que para un indio no es poco atrevimiento y también refiriéndose a la postergación en que vive dice: «Por ser yo indio antártico no me conocen ni tienen noticias de mí» (Porras 1955: 22-23).

A este punto de la reflexión, con el Inca que se declara español, indio y mestizo, podemos comprender que las circunstancias lo obligaban a tales definiciones que eran,